

Hace dieciséis años escribí un libro sobre los gatos de Venecia.

En la ciudad del león de San Marcos, los gatos eran reyes y señores entonces.

Ha pasado el tiempo, y Venecia sigue siendo la misma. Un poco más vieja quizá, algo más decrepita y amenazada por las aguas que pretenden engullirla. Pero las arrugas le sientan bien a la gran señora del Adriático.

Sin embargo, los gatos han desaparecido de sus calles y plazas.

¿Adónde han ido a parar los gatos de Venecia?

Parece ser que alguien decidió que los mininos no encajaban con la imagen de una ciudad limpia y acogedora.

Ahora, quienes visitan Venecia por primera vez ya no saben lo que significa tropezarse con uno de

esos pequeños felinos tranquilo y despanzurrado en mitad de un puente, mostrando su dominio sobre la ciudad más hermosa del mundo. Ahora, los gatos de Venecia son como fantasmas. Reinan en el espacio de las sombras. Únicamente de reojo se pueden intuir sus pisadas, un rabo largo e insinuante saludando tras alguna puerta entreabierta o el brillo inconfundible de unos ojos desde el otro lado de la noche.

Osados, se resisten a desaparecer del todo, como pequeños leones agazapados. Entre tanto, su leyenda crece y también crecen las historias sobre sus hechos y vidas. Historias en las que, como no podía ser menos, late un pedazo del corazón de Venecia. He aquí algunas de ellas.

La historia del Dux Vendramin Dandolo y el gato de Mercerie

Fue en tiempos del dux Vendramin Dandolo cuando vivió uno de los gatos más amados de cuantos han habitado la hermosa y antiquísima ciudad de Venecia. Te estoy hablando del famoso Lauro Arancione, el gato rubio que habitaba en Mercerie, una de las zonas más transitadas e interesantes de la ciudad. Transitada porque, aún hoy, es lugar de paso obligado para entrar en la maravillosa plaza de San Marcos, pasando bajo el arco de la torre del Reloj. E interesante porque constituía un mirador privilegiado para observar los movimientos en el Palacio Ducal, sede del gobierno, las continuas entradas de embajadores y dignatarios llegados de países lejanos y el imparable flujo de riquezas y tesoros que venían a engrosar, más si cabe, las arcas de la República veneciana.

Desde los tejados de Mercerie, en concreto desde la chimenea abandonada que servía de cubil a Lauro Arancione, se podían vislumbrar, además, algunos de los secretos que muy pocos venecianos llegaban a intuir; solo con mantener los ojos bien abiertos en las noches despejadas, uno ya hubiera podido contar un buen montón de sorprendentes verdades relativas a las costumbres de la corte del dux. Verdades que se mantenían ocultas bajo un espeso silencio y por las que muchos hubieran pagado.

¿Por qué?, puedes preguntarte, y con razón.

Simplemente porque Lauro Arancione —el cual, además de ser rubio, era un gato panzudo, perezoso y amigo de la buena vida— no necesitaba desempeñar el trabajo de espía para alcanzar la felicidad y la satisfacción a las que su pellejo, ya no tan joven, aspiraba.

Y es que tenía todo lo que un gato puede necesitar: su plato diario de muslos de ratón con arroz, alguna gatita guapa con la que frotar sus bigotes de vez en cuando y toda una gran luna redonda y luminosa a la que poder cantar por las noches.

Bien, en cuanto a la luna, estar estaba a disposición de todos, claro. Pero los gatos de Venecia se muestran tan posesivos en lo relativo al queso del cielo que a veces llegan a creerse en el derecho exclusivo de su contemplación y goce. Por tal razón, se cruzan desafíos muy osados y, en más ocasiones de las aconsejadas, incluso se llega a las uñas.

—Apuesto la punta blanca de mi rabo y también mis bigotes rizados a que la señora Luna ha escuchado hoy mi canción con más atención que la de ningún otro, y que, además, le ha encantado —solía decir Milino, un gato realmente apuesto y tan orgulloso como parlanchín.

—¡¿Canción?! ¿Tienes el valor de llamar canción a esa ristra de chirridos extraños emitidos sin pizca de gracia? —contestaba el sagaz gato Elio Académico, apodado así por residir sobre el patio acristalado de la Academia de Bellas Artes y también por ser uno de los más instruidos del grupo—. Yo que había creído que se trataba del sonido de un viejo serrucho desdentado...

Las carcajadas saltaban entonces de las bocas de los presentes y refrescaban la velada. Y antes de

que Milino llegara a molestarse demasiado, y de que el resabiado de Elio tuviera tiempo suficiente para dirigirle alguna otra broma hiriente, siempre aparecía alguien dispuesto a desviar el tema hacia ámbitos menos arriesgados hablando, por ejemplo, de las ventajas de su azotea predilecta, por lo general única y desconocida para los restantes miembros del grupo.

—¿Y tú, Arancione, qué nos cuentas de tu chimenea en Mercerie? —terminaba preguntando alguno con ánimo de curiosar en la vida del más silencioso—. ¿No te sientes muy solo allí, tan lejos de todos nosotros?

Lauro Arancione entornaba los ojos y, a modo de respuesta, refunfuñaba un breve bufido amodorrado que me resulta muy difícil reproducir aquí y que, total, no aclaraba nada en absoluto.

—Por lo gordo que está, a buen seguro que ya ha controlado a alguna familia de sabrosos roedores... ¿No es así, amigo? —comentaba otro, también con ganas de tirarle de la lengua.

—En ese caso, a ver cuándo te hacemos una visita, ¿eh? —añadía un tercero.

Pero, salvo aquellos bufidos intermitentes que el gato de Mercerie utilizaba con gran astucia, nadie lograba arrancarle ni un miau de más. Sin embargo, ¡cuánto sabía él que los demás ignoraban!

Sabía, mira tú por dónde, cuál era la afición favorita del solemne dux Dandolo. En realidad, acababa de descubrirla hacía pocas noches.

Resulta que al dux de Venecia le encantaba disfrazarse.

¿El dux Vendramin Dandolo vistiendo un disfraz? ¿Aquel hombre tan digno, que había sido elegido para ser soberano de la ciudad hasta su muerte y al que los ciudadanos solo podían imaginar rodeado de pompa y solemnidad? ¡Imposible!

Sí, eso mismo había pensado Lauro Arancione la primera vez que tal idea le rondó por la cabeza: imposible que el dux Dandolo se dedicase a recorrer las calles y los canales oculto bajo un capote de colores y con un antifaz en el rostro. Y para ahuyentar tan ridícula ocurrencia, se había dado un pellizco en la nuca.

Pero no. Después de una paciente vigilancia, el gato de Mercerie había podido comprobar que

aquel jorobado narigudo que salía de palacio por una puerta camuflada cuando la oscuridad ya había hecho acto de presencia era, en efecto, el mismo dux de Venecia en persona.

Es cierto que por las tabernas de la ciudad corría un antiguo rumor según el cual algunos señores influyentes aprovechaban ese tipo de argucias para tramar o descubrir intrigas, o también para conocer la opinión del pueblo sobre el gobierno y los gobernantes y, de ese modo, sacar provecho de las confidencias. De ahí que muchos taberneros colgasen en sus locales carteles muy simpáticos en los que, medio en serio, medio en broma, se le advertía al cliente que en Venecia las paredes oían y que, tras las ventanas entreabiertas, podían ocultarse un par de atentos oídos.

Pero nadie, por mucha imaginación que le echase al asunto, podría haber considerado nunca la posibilidad de que uno de esos embozados que surgían de los rincones más lúgubres y solitarios fuera el anciano y bondadoso Vendramin Dandolo.

Si el gato Lauro decidió seguir al ilustre paseante en sus caminatas nocturnas, no fue por

hacer ejercicio. Ni mucho menos. En realidad, no había nada que le contrariase tanto como tener que dejar su cálida chimenea para atender a los arrebatos de aquel hombre quizá algo trastornado. Si llegó a sacrificar horas de descanso, fue justamente porque era tan curioso como dormilón.

Y desde que sabía que el dux andaba deambulando por los alrededores, sin más protección que la de su cayado de palo, no conseguía conciliar el sueño tan rápidamente como antes. Porque tenía varias preguntas rondándole por la cabeza que no le permitían pegar ojo. ¿Qué estaba buscando el señor de Venecia con tanta insistencia? ¿Qué le obligaba a salir todas las noches sin faltar una cuando el reloj hacía oír su campanada número doce?

Preguntas estas que solo encontraban respuesta saltando de la cama y espiando al enmascarado.

Te sorprenderá saber —como le sorprendió a Lauro Arancione en su día— que los misteriosos paseos del dux Dandolo no tenían otra razón de ser que el lógico deseo de un veneciano de reencontrarse con su ciudad. Pasear tranquilamente por la

ciudad natal de uno tiene, desde luego, su aquel de emotividad, especialmente si se trata del lugar del que uno ha llegado a ser gobernante. No resulta fácil tener que conformarse con mirarla desde lo alto, desde una jaula de oro que, por muy palacio que sea, no deja de tener rejas y poco espacio para la libertad. Sí, así era. Vendramin Dandolo solo quería pasear. Y pasear solo. Sin montones de cortesanos, pajes y súbditos a su alrededor.

Y únicamente la noche le podía dispensar aquel encuentro con la ciudad que más amaba.

Luego, él ponía el atavío apropiado, que iba variando para no levantar sospechas. En unas ocasiones salía vestido de buhonero; en otras, oculto bajo el hollín que tizna las caras de los carboneros y los deshollinadores. Y con frecuencia con las galas de vagabundo jorobado que lo habían delatado ante el gato de Mercerie.

Claro que el secreto continuaba funcionando a la perfección en aquella silenciosa relación de complicidad que Lauro Arancione mantenía con el dux de Venecia sin este saberlo. Ciertas noches lo seguía, guardando una distancia prudente para que

el viejo no descubriera que iba tras él. Pero otras, cuando el cansancio entumecía sus ganas de correr aventuras, simplemente se olvidaba del tema y se abandonaba a sus sueños predilectos, que siempre olían a pescado fresco.

Con todo, una noche sucedió algo que quebró la rutina. Y que llenó de inusuales preocupaciones el corazón de Lauro. Porque sucedió que, aquella noche, Vendramin Dandolo no regresó a palacio a la hora acostumbrada. Ni tampoco una hora más tarde. Ni dos. Ni siquiera tres.

Lo cierto era que, por primera vez después de tantas noches, el dux de Venecia había pasado toda la madrugada fuera.

—¡Qué raro! —dijo para sí Lauro Arancione, muy extrañado—. ¿Le habrá pasado algo esta vez?

Las olas, que lamían ansiosas los postes del muelle y que tejían, en aquellos momentos del amanecer, una puntilla de espuma alrededor de la ciudad, también parecían sentirse desconcertadas.

Y es que el dux de Venecia había desaparecido, algo insólito en la historia de la Serenísima República de San Marcos.

¿Y ahora, qué iban a hacer? He aquí el susurro que borboteaba por las esquinas del palacio Ducal. ¿Qué había sido del dux? ¿Dónde se encontraba?

¿Medio ahogado entre los múltiples colchones de plumas de oca de su cama?

¡Tonterías! Habían sido registrados uno por uno, igual que los armarios y las restantes dependencias, y nada. Ni rastro.

Habían hallado, eso sí, sus ropas cuidadosamente dobladas al lado del capelo ducal, pero aquello confería un aspecto todavía más misterioso a la desaparición. Porque, o el dux Dandolo se había derretido con el calor, quedando reducido a un charco de agua —circunstancia bastante improbable—, o se había desvanecido como un perfume —ejercicio harto difícil incluso para un dux—, o...

¿O qué?

Solo cabía una explicación.

El dux había sido raptado. Por los otomanos o por los piratas berberiscos, por decir gentes con mala fama que, además de ser enemigos acérrimos de Venecia, les caían mal a casi todos.

Y esa fue la versión oficial.

Muy pocos la creyeron —sobre todo porque nadie llegó a pedir un rescate— y rápidamente empezaron a circular historias para todos los gustos, cada una más disparatada que la anterior.

El tiempo pasó y acabó cubriendo con su velo todas las dudas y los interrogantes. Y entonces Vendramin Dandolo fue a engrosar la larga lista de personajes casi legendarios de los que se habla sin pararse a pensar si llegaron o no a existir.

Solo el gato de Mercerie continuó recordando con claridad al viejo dux disfrazado que una noche decidió escapar para no volver jamás. Quién sabe, quizá logró vivir algunos años más en una destaralada cabaña, al lado de un fogón encendido, gozando de esa sencilla libertad de los pobres que ni el más rico de los poderosos puede alcanzar.

Y con esa idea entre ceja y ceja, algunas noches, entre sueños, a Lauro Arancione le parecía oír el golpeteo del cayado del dux resonando en la oscuridad.